

PRESENTACIÓN DE DOSSIER: EL CORAZÓN DE CHILE: HISTORIAS DEL NORTE GRANDE
THE HEART OF CHILE: HISTORIES OF THE NORTE GRANDE

Desde el inicio de la pandemia de coronavirus, hasta el 6 de mayo de 2021, la ciudad de Arica registraba 22.821 casos, equivalente al 9,2% del total de la población, una cifra similar a las correspondientes a las comunas de Peñalolén (8,67%) o Pudahuel (8,44%), las que presentan un número cercano de habitantes. Porcentualmente, en igual período, gran parte de la Región Metropolitana presentaba tasas de incidencia no mayores a las de Antofagasta o Calama, y al menos cuatro de sus comunas superaban los indicadores de Iquique y Alto Hospicio.

Mientras la posibilidad de trazar nuevos casos en Santiago se dificulta en una comunidad de más de 8,3 millones de habitantes, la alta concentración demográfica de las tres regiones extremas (cinco de sus principales ciudades congregan el 92% de su población) facilitaba la implementación de una eficiente política de trazabilidad. Pero, en lugar de prevenir futuros contagios identificando a cada uno de los eventuales portadores, las autoridades optaron por una decisión más simple y de menor costo: la instauración de cuarentenas prolongadas. Hasta el 17 de mayo de 2021, Iquique y Alto Hospicio completaron 241 días en fase 1. Arica, desde el inicio de la pandemia, ha enfrentado cuatro largos ciclos de aislamiento que se prolongan, sumando 245 de cuarentena. Con una positividad de contagios inferior a Providencia o Concepción, ninguna ciudad ha vivido con más dureza las restricciones ordenadas desde el gobierno central.

¿Son las comunas del Norte Grande las que presentan el mayor número de casos activos del país? Por supuesto que no: Arica es novena en la lista, distante de las cifras que registran Santiago y Temuco. Antofagasta, que superó los 160 días en aislamiento, tiene a comienzos de junio más casos activos que Arica e Iquique, pero menos que Valparaíso o Viña del Mar, ciudades que recién este año, finalizado el verano, han visto limitada su movilidad interna. Arica y Parinacota tienen menos casos activos que trece regiones y, en relación per cápita, registra menos casos que Talca y Puerto Montt, donde las limitaciones han sido más acotadas.

Las políticas públicas aplicadas en las comunas del Norte Grande para combatir la pandemia de COVID-19 se han convertido en una nueva metáfora de la histórica relación y percepción del centro político-administrativo del país con sus regiones periféricas. Concentrados en Santiago, la *intelligentsia* nacional (entiéndase políticos, economistas, abogados e intelectuales varios), siguiendo una lógica incomprensible en sus decisiones, proyectan sobre el resto del país una perspectiva de escritorio y Excel. Cada medida parece una singular combinación de centralismo,

en donde los extremos son zonas útiles desde lo económico, pero desdeñables desde cualquier otra perspectiva.

Si vamos a cifras concretas, las tres regiones septentrionales de Chile representan alrededor del 6,8% de la población del país, de acuerdo a las proyecciones de Instituto Nacional de Estadísticas para el año 2021, mientras el aporte al Producto Interno Bruto, según lo informado por el Banco Central el 2018, alcanzó el 13,89%. Después de la Metropolitana, la región de Antofagasta es la que más produce en Chile, muy por sobre Biobío y Valparaíso. Tarapacá genera más riqueza que Atacama, que la duplica en tamaño, e iguala a La Araucanía, que la triplica en habitantes. La producción de Arica y Parinacota, sin industrias ni centros mineros de importancia, era 400 millones de dólares menor que la de Magallanes (con una superficie equivalente al 12,7%), y apenas medio punto porcentual menos que Los Ríos.

Si llevamos la influencia a un análisis no cuantitativo, el Norte Grande, en conjunto, ha jugado un rol fundamental en el devenir del Chile republicano. No hablamos solo por el hecho de sumar más de 185 mil kilómetros cuadrados a un Estado que hasta 1904 había integrado solo 330 mil a la administración política central. El norte es un espacio lleno de significados e imaginarios, donde las utopías comenzaron a tomar forma. Fue esta región la escuela formativa de los principales líderes políticos del siglo XX, el lugar donde surge la asociatividad obrera, donde el *establishment* comienza a ser desafiado, y fue un extraordinario eje cultural para el desarrollo de las artes y las letras. Mucho antes que se comenzase a hablar de sustitución de importaciones, se habían establecido en Tarapacá y Antofagasta núcleos industriales, productores de bienes esenciales, pero también de la mayor complejidad.

El Norte Grande se electrificó antes que el resto del país, a partir de la instalación en las principales ciudades de sistema propios de corriente continua. Servicios tan disímiles como el alcantarillado y la telefonía se implementaron en Iquique y Antofagasta antes que, en Concepción o Temuco, y fueron emprendedores locales quienes dieron solución a la distribución del agua para el consumo humano, en medio del desierto más árido del planeta.

Como un territorio abierto, la idealización de un norte próspero inmerso en un país miserable estimuló la migración desde zonas rurales o desde ciudades, exacerbando problemas derivados de la sobre expectativa en torno a la verdadera riqueza generada por el salitre. Las matanzas obreras de las primeras décadas del siglo son instancias referenciales, pero también lo deberían ser las epidemias que asolaron sus puertos, afectando con especial fuerza a la población desarraigada. Enfermedades de recurrencia esporádica, como el tifus exantemático o la viruela, afectaban a una población expuesta a condiciones sanitarias inimaginables, agravada por altos índices de alcoholismo y dietas básicas, pobres en nutrientes. Dolencias entonces no bien identificadas, derivadas principalmente de la avitaminosis, nos ayudan hoy a comprender enfermedades comunes en Iquique y Antofagasta, como demencia prematura o neuropatías graves, cuyos índices estaban por sobre el promedio nacional. Hasta mediados del

siglo XX, las enfermedades venéreas y, en especial, las gastrointestinales fueron la principal causa de muerte de una población obrera que ahogaba su desarraigo en el consumo de bebidas alcohólicas, cuya alta demanda y falta absoluta de regulación sobre su calidad solo tardíamente se asoció a las elevadas tasas de mortalidad regionales.

En un territorio donde convivieron prosperidad y miseria, el Estado priorizó recaudar, dejando todo lo demás a la autorregulación de sus habitantes, manteniendo con algunas variables el mismo esquema de gobernabilidad vigente en esas provincias antes de la guerra. Más que mal, Tarapacá y Antofagasta funcionaban política y administrativamente al margen del resto del país, con el cual se vinculaba solo a través de un activo comercio de cabotaje. En ese contexto, cualquier responsabilidad política mayor del poder central implicaba un desgaste injustificado e innecesario. El mejor ejemplo de esta perspectiva centro-periferia quedó demostrado en la resolución del problema de la soberanía sobre Tacna y Arica, coincidente con la crisis terminal de la industria salitrera, y que se zanjó de un modo que jamás consideró a los actores locales y la historia conjunta de ambas ciudades, conectadas desde período colonial por un activo y fructífero intercambio.

La idea del norte, en cambio, se ha construido desde Santiago sobre la base de prejuicios que configuran una caricatura en torno a la vida en condiciones extremas, asumiendo como una certeza auto impuesta que la vida en estos territorios es insufrible. Desde la moral cristiana, vivir en el norte es un castigo divino, una penitencia culposa. Desde un prisma político, habitar el norte es un ejercicio de soberanía que alivia una condición no asumida de extrañamiento, de exilio.

Nada más alejado de la realidad. El Norte Grande es el corazón económico de Chile, y es también el espacio donde verdaderamente nacen los principios republicanos. A partir de 1879, la ocupación chilena permitió al panteón patrio poblarse de una suficiente cantidad de héroes militares, sobre los que se han forjado las bases de la identidad nacional. Al mismo tiempo, fue el norte el que posibilitó el enriquecimiento del Estado y también de los gestores de la guerra, quienes optaron por lucrar con el beneficio fiscal de la inversión privada o con la especulación derivada de la nueva fuente de riqueza, aún a costa del interés nacional.

No fueron los industriales ni obreros del salitre quienes se envilecieron con su abundancia y riqueza, sino la clase política de Santiago. Aunque negocios y política han conformado un maridaje continuo en la historia nacional, fue la elite capitalina la que transformó al nitrato en un botín de cuantía insospechada. Guerra civil mediante, fue esa misma aristocracia la que depredó un recurso excepcional, sin visión de futuro ni racionalidad alguna, actitud que acabó por estimular la industria de abonos sintéticos.

Sin un Estado arraigado, inversiones públicas ni estímulos para realizar la transición de una actividad en crisis terminal una década antes de su colapso, la sociedad del salitre estaba condicionada a perdurar en la medida que la actividad minera conservara su demanda. Hasta

entonces, como un esfuerzo simbólico, se construyó el ferrocarril que unió Iquique con Santiago, pero en nada se avanzó para conectar las principales ciudades de la región. El viaje de Arica a Iquique, por tierra, hasta 1970 demoraba más de un día, debiendo seguir un trazado que rara vez tenía mantención. El camino de Iquique a Tocopilla, comenzó a trazarse en 1969 a partir de iniciativa de particulares, siendo plenamente habilitado en 1994.

Sin conectividad interna, no es de extrañar que los esfuerzos por establecer polos de desarrollo tuviesen un impacto desigual. En el caso de Arica, desde la creación del Puerto Libre, la ciudad se transformó en un núcleo comercial e industrial de primer orden, de la mano de una inédita Junta de Adelanto que administraba parte de los impuestos derivados de la internación de bienes. El esplendor de Arica contrastó con la decadencia de Iquique, ciudad en donde las políticas de estímulo fiscal se centraron en la industria pesquera y en un largo listado de propuestas inconclusas. Como resultado, en 1970 la población de Iquique era similar a la registrada en 1876, cuando el puerto todavía estaba bajo soberanía peruana.

El golpe de Estado revirtió la situación, amparado en una despreciable visión geopolítica del Norte Grande. Augusto Pinochet, siguiendo las pautas emocionales que definen la conducta política de los dictadores, optó por potenciar el desarrollo de Iquique, ciudad en donde inició su carrera militar. En tiempos de una eventual guerra con el Perú, el régimen no dudó en reconocer la posibilidad de perder Arica, limitando la inversión pública en la zona y clausurando toda la institucionalidad que permitió el desarrollo de la ciudad los años precedentes. La creación de la Zona Franca en Iquique llevó esta vez a Arica a vivir sus peores años, una situación que hasta hoy no se ha revertido.

El aislamiento, como definición histórica, no justifica la desidia del Estado con el Norte Grande ni menos la continuidad de medidas restrictivas dictadas bajo la dictadura. No se trata únicamente de reinvertir parte de los excedentes en la zona en proporción a su aporte, pues reducir el problema a una cuestión financiera menoscabaría el sentido implícito de esta crítica. No se trata de inyectar recursos, sino de crear condiciones que promuevan la integración que jamás se ha concretado.

Pese a todo lo anterior, el Norte Grande sigue en pie. Antofagasta progresa gracias al cobre, pero no ha podido enfrentar con eficiencia la enorme brecha social que se hace visible en los cerros que la rodean. Solo en las últimas décadas, Iquique ha logrado diversificar sus actividades, convirtiendo al turismo en uno de sus motores. Las expectativas provocaron un crecimiento demográfico significativo en las últimas dos décadas en una ciudad arrinconada contra el farellón costero.

Arica, como región autónoma, no depende de la minería, ni lo hará en el futuro. Alguna vez industrial y comercial, se ha reconfigurado hacia la agricultura. Los valles de Lluta y Azapa, más otros menores, proveen al resto del país de los productos de alta demanda. Es cierto que tomates, choclos, pimentones, repollos, papas, cilantros o mangos no tienen el glamour ni

rentan como la minería, pero sería interesante averiguar de qué modo el volumen del comercio, desde la región, ha promovido la dependencia del mercado agrícola. Hasta antes de la pandemia, Arica también se perfilaba como un destino turístico de importancia. Así al menos lo ha entendido la industria hotelera, que ha incrementado significativamente su oferta de alto estándar.

El Norte Grande, en su conjunto, sigue siendo la tierra de las oportunidades. Es una región infinita, donde cualquier emprendimiento es posible con voluntad y ganas de concretarlo. Sus ciudades costeras crecen bajo un clima privilegiado (porque no solo Arica es la ciudad de la eterna primavera), y todas ellas, sin excepción, están lo suficientemente implementadas para que nada de lo necesario deje de estar disponible. La distancia por tierra de Santiago es importante, pero en avión las diferencias de viajar a Arica o a Antofagasta son mínimas (y a un costo cada vez más reducido).

Hay todo un mundo por explorar, pero hay también prejuicios que derribar. El Norte Grande no son las antípodas de Chile ni todo es abandono, desierto y desolación. Hay un imaginario absurdo que condiciona la migración y restringe el valor histórico de la región a un territorio de conflictos armados. Quizá se trate de un mal de origen. Las antiguas provincias peruanas de Arica y Tarapacá, estaban tan geográficamente distantes de Lima como hoy lo están de Santiago. La antigua Prefectura boliviana del Litoral, en tiempos de soberanía boliviana, enfrentó el aislamiento de un poder central distante, más orientado en abrir rutas fluviales hacia el Atlántico y garantizar el libre tránsito comercial a través de Arica.

En los últimos años un número no menor de investigadores han proyectado su interés hacia la zona, desde las propias regiones o desde el centro. Sin ánimo revisionista, la principal consecuencia de la proliferación de estudios ha sido, precisamente, el dar una mirada renovada y crítica de los procesos sociales, políticos, culturales y económicos.

El dossier que se inserta en este número de la Revista de Historia busca ser parte de esta nueva percepción del Norte Grande. Participan en él reconocidos historiadores, quienes fueron convocados, tanto por desarrollar proyectos de investigación vinculados a la zona como por su condición de referentes intelectuales en la macrorregión: Sergio González Miranda, José Antonio González Pizarro, Pablo Artaza Barrios, Alfonso Díaz Aguad, Milton Godoy Orellana, Damir Galaz-Mandakovic, Gabriel Cid Rodríguez, Karelía Cerda Castro, Lucas Maubert, Hugo Contreras Cruces, Patricia Palma Maturana, Rodrigo Ruz Zagal y Damián Lo Chávez.

Para todos es un privilegio contar con la posibilidad de publicar en la Revista de Historia de la Universidad de Concepción, una publicación de enorme prestigio que, de la mano su dirección y equipo editorial, ha alcanzado el mayor cuartil de las revistas científicas, transformándola en una de las principales publicaciones disciplinares del país.

Carlos Donoso Rojas